



INTRODUCCION



1) PROPOSITO

Nos proponemos en este trabajo investigar el papel que le ha correspondido a la mujer española en la magna empresa de la conquista de las Indias. Sería pueril negar que todo el peso primordial de aquellas formidables empresas, el valor de la iniciativa y de la dirección, la responsabilidad principal y los hechos más destacados fueron obra de los grandes conquistadores cuyas hazañas increíbles nos ha conservado la Historia. Dotados especialmente por la naturaleza y convertidos tradicionalmente en los directores de la vida humana, sobre todo en todo aquello que exige esfuerzos de índole física, fueron los hombres en América, como en todas partes, los protagonistas fundamentales de todas las gestas. Pero sería igualmente necio el tratar de desconocer el papel importantísimo que corresponde a la mujer en toda actividad humana y silenciar la trascendencia de su actuación al lado del hombre, no solamente encargándose de funciones que por su especial naturaleza no puede apenas aquel realizar, sino sirviéndole de ayuda fundamentalísima e incluso en sus mismas actividades bélicas, actuando como estímulo y fuente de energías en incontables ocasiones.

Más aunque esto—como veremos a lo largo de este trabajo—fueron muchas veces las mujeres quienes con su especial coraje y decisión lograron incluso victorias en el terreno militar, ya con su misma actuación personal, ya infundiendo coraje en los momentos decisivos, cuando la resistencia de los varones había ya claudicado. Tampoco pueden desconocerse—ni nosotros he-

mos de silenciarlo en modo alguno—que su presencia fué causa en numerosas ocasiones de disturbios tremendos que llegaron, incluso a veces, a producir el fracaso de toda una expedición; pero sí el resultado en tales casos fué desgraciado, no podrá desconocerse—siquiera sea para mal—hasta qué punto fué decisiva la actuación femenina en las empresas de que vamos a ocuparnos.

Aparte todo ello, que en último extremo sería menos importante, puesto que cae fuera de la habitual actividad de la mujer, su gloria principal hay que buscarla en su callada labor doméstica, en esa epopeya no menos grande que junto al hombre conquistador lleva a cabo la mujer, fundando y manteniendo sus hogares, educando a sus hijos, haciendo posible del modo más completo la lenta y fundamental tarea de la colonización, transplantando toda su cultura en sus aspectos más íntimos, humanos y duraderos.

Adviértase, sin embargo, que en difíciles condiciones le fué dado actuar a la mujer y llevar a cabo esa actividad que dejamos apuntada.

La vida en América fué durante años y más años una peligrosísima aventura cuya inseguridad corría parejas con su grandeza. Los peligros más fantásticos, las incomodidades más horribles tuvieron que ser soportadas. Incluso en las zonas ya colonizadas y pacificadas la vida fué durísima a lo largo de décadas por lo rudimentario de las viviendas y la natural escasez de medios de toda índole en que era necesario vivir. A excepción de contadas edificaciones, tales como la casa del gobernador o la iglesia que se construían de piedra más por razones de posible refugio en las agresiones que por motivos de suntuosidad, las moradas humanas eran por mucho tiempo rudimentarias chozas de paja o adobes, poco adecuadas para resistir las inclemencias del tiempo o el azote de los elementos. Y por no insistir en aspectos demasiados conocidos y que a fin de cuentas no interesan a nuestro trabajo, recordemos tal sólo la intrepidez que suponía el solo hecho de lanzarse a lo desconocido y correr el riesgo de un viaje tan inseguro que, en múltiples ocasiones, los naufragios dieron buena cuenta de los viajeros antes de que pudieran arribar a la tierra de sus ilusiones.

Con brillantes palabras ha definido Gustavo Pittaluga las múltiples facetas con que tuvo que enfrentarse la mujer en el

tremendo campo de experiencias de la nueva América, y cuan decisivo aporte para la cultura toda del Nuevo Mundo fué el trasplante y la actuación de la mujer española en el escenario de tan colosales descubrimientos. "Cargada de prejuicios—escribe—y de una sólida tradición cristiana, se enfrenta con la inagotable novedad, con las infinitas posibilidades que están fuera de la órbita de sus faenas domésticas y de su mente europea. Los sentidos le sugieren la aceptación de esta novedad gigantesca y cautivadora, le obligan al cambio repentino; exigen de ella que tome posición—compañera del hombre con igual responsabilidad—frente a una naturaleza hostil que esconde sus frutos sorprendentes y sus enormes peligros. La mujer adquiere ante el varón y en su propia conciencia un valor distinto. Es aquí otro ser que en la vieja Europa. De este encuentro de la mujer con lo desconocido, de su participación directa en la ruda labor de la colonización, saldrá con el tiempo—breve tiempo de tres siglos apenas—una nueva mente femenina: la mujer americana" (1).

No puede definirse mejor la trascendencia de la mujer que con su solo trasplante al Nuevo Mundo realizó uno de los más decisivos capítulos de la transculturación española en América.

2) PROBLEMAS DE NUESTRO TRABAJO

A pesar de esa imponderable importancia de la actuación femenina en la gesta americana, que no creemos que nadie en principio—por simples razones lógicas—esté dispuesto a negar, existe un hecho ciertísimo, y es la escasa importancia y extensión que los cronistas españoles de la época conceden a la actividad de las mujeres. Los hechos bélicos acaparan casi de modo absoluto la atención de los cronistas. Acontecimientos casi insignificantes, que a la preocupación del hombre moderno parecen desprovistos de todo interés, son narrados con escrupulosa nimiedad. Acciones contra los indios de muy escasa trascendencia, con todas sus idas y venidas, anécdotas curiosas y detalles pintorescos, ocupan largas páginas de los historiadores. Los mo-

(1) GUSTAVO PITTALUGA, *Grandeza y Servidumbre de la Mujer*. Buenos Aires, 1946, p. 610.

vimientos más insignificantes de los conquistadores, sus rencillas y rivalidades, son tratadas con desmesurada extensión. Nada digamos cuando las empresas realizadas son efectivamente importantes, pues entonces la prolijidad—disculpable ahora—alcanza extremos tales que, a veces se pierde el hilo fundamental del relato para remansarse en continuas disgresiones, y retorcerse en inacabables meandros.

No cabe duda que de esta general fecundidad del historiador y de su nimiedad para observar y comunicarnos tan asombrosos detalles, se derivan datos de la más grande importancia para el historiador actual, y las más preciosas informaciones sobre la vida del conquistador y de los países y gentes conquistadas pueden cosecharse.

Pero se echa de menos, a pesar de todo, ese cúmulo de temas ajenos a la actividad bélica, sobre todo en lo que concierne a la vida social y familiar, al desarrollo de las instituciones, al desenvolvimiento económico, etc., etc., que no faltan desde luego, pero que sólo la paciencia del historiador después de múltiples rebuscas puede rastrear. No es esto, en absoluto, falta propia de los historiadores de la conquista, sino carácter general de la historiografía de la época, que descuidaba, por creerlos menos importantes, aspectos que el hombre moderno hubiera valorado preferentemente. Se comprende bien, por tanto, que la actividad de la mujer, considerada ya por sí misma menos importante, aparezca tan sólo de pasada en las páginas de los cronistas, y tan sólo cuando alcanza verdaderas cumbres de interés o cuando, se trata de esposas destacadas de conquistadores o cuando divierten por lo curioso de su anécdota merezcan su atención y ocupen un breve espacio.

Es frecuente que al dar cuenta de la composición de alguna expedición, se detallen los menores bastimentos, pero en cambio nada se diga de las mujeres que formaban parte de ellas. Después, en el curso del relato, aparece la mención de algunas desgraciadas que sucumbieron en un naufragio, o de las enfermedades a bordo de las naves, o que contribuyeron con sus lamentos a hacer más pavorosa una tragedia. De este modo nos enteramos de la existencia de seres que el historiador había tenido en poco.

De este hecho que mencionamos, podrían citarse casos extremos. Sabida es la importancia excepcional que tuvo para la con-

quista española de México—y de ello hemos de ocuparnos en su lugar—la actuación de la india Doña Marina. Pues bien: Hernán Cortés en sus “Cartas de relación”, al Emperador, ni una sola vez menciona por su nombre a esta mujer excepcional con la que tuvo además amores y de la cual le nació un hijo.

En tales condiciones, rastrear la vida y la actuación de la mujer en la conquista americana y en los años posteriores en que se extiende y afianza la colonización, es tarea improba que ha requerido un asiduo, lento y prolongado trabajo, que quizás no está siempre en proporción con el fruto conseguido. Crónicas enteras han tenido que ser leídas por nosotros. Sin que al cabo de la detenida lectura hayan podido ser extraídos más que pequeños datos, de escasa trascendencia a veces. De algunos cronistas la información ha sido prácticamente nula en orden a nuestro tema; así, por ejemplo, a penas si hemos conseguido dato alguno de cronistas tales como Cieza de León, de Agustín de Zárate, de Francisco López de Jerez, de Diego Fernández, “El Palentino”. Un cronista de Chile, Góngora Marmolejo, no menciona para nada, ni una sola vez, a la famosa amante de Valdivia, Inés Suárez, que tuvo tan activa participación en la vida del conquistador y por ende, en su obra. Capítulos enteros de las “Décadas” de Herrera, no contienen una sola alusión a mujer alguna. No son más abundantes las noticias proporcionadas por los novelescos relatos de Cabeza de Vaca. Y lo mismo podría irse repitiendo de casi todos los cronistas sobre los que hemos trabajado.

Importa, pues, destacar—para que sea valorada convenientemente nuestra modesta aportación—en cuan avara medida nos han proporcionado las fuentes históricas, la materia para nuestro trabajo.

Es dificultad esta que no somos nosotros los primeros en valorar, naturalmente: “Al lado del estrépito de las armas, dice Amunátegui Solar (2) y del vocerío de los partidos... simultáneamente con las leyes dictadas por los jefes civiles y eclesiásticos, confundidos con esos grandes escándalos o esos actos de virtud que a las veces conmueven una ciudad entera, se verifica en silencio y sin interrupción otra clase de hechos que no

(2) DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR, *Las encomiendas de indígenas en Chile*. Santiago de Chile, 1909, t. I, pp. 59-60.

hieren la vista, pero que van transformando de una manera poderosa las bases mismas de la organización social". Y al comentar la escasez de datos facilitados por los cronistas sobre las actividades sociales, económicas e industriales, añade: "El prodigioso descubrimiento... y las heroicas hazañas... atrajeron de preferencia, como era natural, la atención y el estudio de los cronistas españoles. Igualmente, en cada una de las colonias españolas fundadas en América, las penalidades y trabajos increíbles de los conquistadores para asentar en ellas el dominio real, han suministrado hasta nuestros días el principal asunto de los historiadores nacionales. Así se explica que el cuadro de los esfuerzos, en alto grado heroicos, realizados por esos mismos soldados de la conquista a fin de dotar a las nuevas sociedades de todos aquellos elementos que cualquiera agrupación de hombres nacidos en Europa necesitaban para subsistir con independencia y con relativa holgura, no haya sido aún trazado de una manera completa. Por desgracia hay motivo para suponer que las huellas de algunos de los ensayos industriales y agrícolas que los valerosos súbditos del rey de España ejecutaron en estas comarcas se han perdido para siempre. A pesar de la inmensa suma de energías que representaban tales ensayos, eran considerados entonces como hechos vulgares y poco dignos de consignarse en las crónicas. Al lado de las proezas homéricas con que año a año y día a día nuevos y vastísimos territorios eran sometidos a la corona de Castilla. Al menos así sucedió en nuestro país, donde se hace necesario registrar los protocolos de los escribanos hoja por hoja a fin de descubrir esos talleres rudimentarios que encerraban la fecunda simiente de grandes fábricas o de benéficos cultivos... (3).

Por desgracia si la información que echa de menos Amunátegui Solar, aún puede extraerse de los documentos, nada, en cambio, o poco menos puede conseguirse respecto al tema de nuestro trabajo. De los documentos pueden conseguirse datos —no muy abundantes tampoco— respecto a sucesiones, concesión de encomiendas, idas o venidas al Nuevo Mundo, peticiones o concesiones, etc., etc.; noticias todas muy interesantes sin duda para dilucidar múltiples realidades sociales, pero a través de las cuales no puede seguirse suficientemente la actuación de

(3) AMUNÁTEGUI SOLAR, *op. cit.*, pp. 77-79.

la mujer en vivo, con su realidad operante, su decisiva influencia y colaboración efectiva al lado del hombre en las múltiples necesidades de la conquista y colonización. Esta actividad sólo puede estudiarse a través de los cronistas, por lo que sólo a éstos hemos tenido que tomar como fuentes de nuestro trabajo.

Si nos hubiéramos propuesto tan sólo dar cuenta de la existencia en América de diversas mujeres, de su localización y hasta de la fecha de arribada o muerte, de sus enlaces matrimoniales o de las encomiendas que poseyeron, nada hubiera sido más fácil. En este campo son numerosos los trabajos realizados; y otros muchos investigadores, además de proporcionarnos datos muy completos, nos facilitaban ya el camino a seguir. Por ejemplo: el "Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII", publicado bajo la dirección de D. Cristóbal Bermúdez Plata, nos hubiera proporcionado tan sólo con seguir sus compactas relaciones, una inacabable lista de mujeres que hacia allá partieron.

Asimismo, no existe país alguno en la América española, donde no haya florecido una inmensa legión de genealogistas que con su bien probada diligencia y sagacidad hayan reconstruido los troncos familiares desde los más remotos días de la conquista, facilitando por ende, listas completas de mujeres que allá existieron y fueron cuna de familias que se prolongan hasta hoy. En Chile concretamente, por citar un ejemplo entre todos, hemos fichado cuarenta y tres escritores que han investigado la información de familias desde los días de la conquista: entre ellos destacan nombres tales como don Justo Abel Rosales, decano de los genealogistas chilenos, Vicuña Mackena, los dos Thayer—Luis y Tomás—el Padre Luis Mansilla, Valera Orbegoso, los dos hermanos García Carraffa, Fuenzalida, el Padre Diego Rosales, S. I., Juan de Múgica, Márquez de la Plata, Amunátegui Solar, Guillermo de la Cuadra, y otros muchos de menor importancia hasta llegar al número citado.

Existen igualmente Diccionarios Biográficos de la época colonial, algunos tan extensos y completos como el de Mendiburu, el de Toribio Medina, o el de Virgilio Figueroa.

Pero nada de esto, como decimos, nos interesaba aprovechar. Nuestro propósito—repetimos—ha sido llegar a la mujer "en vivo", seguir sus pasos diligentes, audaces, certeros o descarriados,

verla actuar, triunfar o sufrir, ser sujeto de gloria o víctima de dolores, forjar al lado del hombre los hogares de la nueva América y abrir a la paz del conquistador las rutas del Nuevo Mundo. Esto que se tiene generalmente olvidado, para dar al hombre en exclusiva la gloria de la gesta americana, está escondido en las crónicas y sobre sus páginas hemos querido roturar las pequeñas parcelas de nuestro trabajo.

3) NOVEDAD DEL TEMA

Con la dificultad expuesta, y dada la escasa importancia concedida a la actuación de la mujer en la epopeya americana, no es extraño que este campo esté aún prácticamente sin roturar, o al menos en muy escasa medida. "Aún está por escribir la historia—dice Cárcer y Didier—y hacer justicia a aquellas abnegadas y valientes españolas que venían a forjar la nueva patria, sacrificándole afectos, cariños, y hogares que abandonaban al salir, corriendo mil peligros y afrontando con ánimo sereno aventuras sin cuento, para impartir aquí, sin regateos, sus saberes, implantar sus costumbres, proseguir sus tradiciones, fundirse con el alma y la materia nueva y germinar en futuras generaciones fecundas, sin esperar otra recompensa que la segura que tenían de ser bendecidas y recordadas eternamente" (4).

Justas palabras, aunque tan sólo nos parece excesivo el optimismo del autor, que suponía para aquellas abnegadas mujeres el recuerdo eterno; recuerdo, que—como hemos apuntado—se les regatea sistemáticamente en la atención de los historiadores. El mismo Cárcer dedica un capítulo de su obra (el VII, titulado "Las mujeres de Castilla en la Conquista") en el que hace una breve referencia en poco más de una docena de páginas a un corto número de mujeres de cuya sola existencia hay constancia o que se destacaron en algún aspecto determinado. Pero poco más, en conjunto, que el mero índice de un gran campo para explorar.

(4) MARIANO DE CÁRCER Y DIDIER, *Apuntes para la historia de la transculturación indoespañola*, "Instituto de Historia". México, 1953, p. 17.

Con palabras parecidas a Cárcer y Didier—reconociendo a la vez la importancia y no inexplorado del tema—escribe el P. Constantino Bayle, S. J., lo que sigue: "No por galantería, sino por justicia, se debe un recuerdo, siquiera sea de pasada, a la parte que en estas desdichas y en estos heroísmos corresponden a la mujer española, a las que no el ansia de riquezas ni los sueños de gloria, antes el amor conyugal arrastraba por medio de las penalidades que van descritas, mucho más duras a su debilidad, su delicadeza, su cariño. ¡Qué espantoso debió ser para ellas contemplar la muerte tan desamparada de sus maridos y encontrarse solas, sin arrimo, en medio de las selvas, entre hombres a quienes su propia desesperación ponía en trance casi obligado de olvidar la tan ponderada cortesanía española! Valentías se vieron en algunas como en el soldado más valiente, pero ahora tratamos de ese otro valor de aguante, de constancia, mucho más difícil y heroico; y en esta materia parecerá increíble que el cúmulo de desdichas y trabajos y hambres y caminatas y enfermedades y fieras y luchas con bárbaros, cuya sola catadura causaría desmayos, no obstante sus pujos masculinistas, a las damiselas de hoy, cayese sobre los hombros débiles y flacos corazones de mujeres. Y las hubo en casi todas las expediciones, y no debieron ser escasos su poder ni cortos sus esfuerzos en alentar a los decaídos, curar a los dolientes, sostener a los desesperados, impedir brotes del despecho, endulzar el último trance de los que sucumbían..." (5).

Pero tampoco su preocupación por tan sugestivo tema pasa de contar una breve anécdota del varonil valor de unas mujeres en El Plata, tomada de la carta que a la Gobernadora doña Juana escribió la primera mujer que manejó la pluma en aquellas regiones: doña Isabel de Guevara.

El docto historiador D. Cesáreo Fernández Duro pronunció ante la Real Academia de la Historia y publicó después una breve "Disertación" en la que estudia también la intervención de la mujer española en América (6), pero su trabajo que no ocupa en la impresión sino trece páginas tan sólo, no rebasa

(5) P. CONSTANTINO BAYLE, S. J., *El Dorado fantasma*. Ed. "Razón y Fe". Madrid (s. a.), p. 86.

(6) CESÁREO FERNÁNDEZ DURO, *La mujer española en Indias*. Madrid, 1902.

lógicamente la mera conmemoración de un reducido número de mujeres señeras. Y tampoco se exceden de esta medida los historiadores modernos que, siempre de pasada, se ocupan de este tema.

Con tan escasos precedentes y siendo tan frondosa—inacabable casi—la vastísima selva de los historiadores de Indias que sería preciso estudiar con minuciosísima atención para extraer las escasas informaciones escondidas en sus páginas, nuestro trabajo—apesar del esfuerzo consumido en él, no pretende ser sino una contribución, avance o desbroce de lo que debe ser un inagotable tema, abierto a la sagacidad de futuros investigadores.

4) DIVISION DE NUESTRO TRABAJO

Otro problema que se nos ofrecía después de clasificado el fruto de nuestras rebuscas, era el de su sistematización y clasificación orgánica; es decir, el de la presentación y orden que tenía que ofrecer nuestro trabajo. Nos pareció oportuno en un principio el agrupar las distintas actividades de la mujer española en Indias reuniendo actuaciones de tipo semejante. Esto parecía ofrecer un carácter más orgánico al parecer. Sin embargo hemos desistido de él porque son tan variadas las circunstancias, que difícilmente podrían ser agrupadas sin el grave riesgo de reunir cosas dispares con demasiada artificiosidad. En consecuencia, hemos adoptado al fin el criterio de estudiar a las mujeres por regiones o provincias. Este método nos permite estudiar en conjunto mujeres que se desenvuelven en medios afines, y sobre todo las que gravitan en torno a uno o unos mismos personajes principales. Es tan acusada la personalidad de las grandes figuras que dirigen aquellas asombrosas conquistas que no es posible desligar del círculo de su influencia todo cuanto se realiza en la zona de su órbita. Sin contar con que en muchas ocasiones la mujer es pieza tan importante en la vida de un conquistador y toma parte tan importante en el desarrollo de una expedición, que no puede estudiarse, si ha de ser comprendida bien, sino dentro del mundo en que se encierra esa determinada empresa.

Dentro de cada grupo o territorio, subdividiremos, sin embargo, las mujeres que correspondan a cada actividad sobre todo cuando se trate de personas carentes de una historia acusada, porque en tal caso es fuerza considerarla como una entidad aparte.

Nuestro trabajo tendrá, pues, partes dedicadas a estudiar la mujer en la Española, en México, en Nueva Granada, en el Perú, en Chile, o en expediciones concretas, como la de Hernando de Soto, la de Ursúa, la de las Tierras Australes, etc., etc., y cada una de estas partes formará sendos capítulos de este trabajo.

5) LIMITES CRONOLOGICOS

La inmensidad del campo posible con la selva inabarcable de cronistas que hubiera sido necesario considerar, nos han forzado a acotar el campo de nuestra rebusca, que ha quedado limitado en líneas generales al siglo XVI, o sea, como dice nuestro título, a “los comienzos de la colonización”. No es este un tope convencional, por otra parte. Puede decirse que con este siglo quedan acabadas las grandes conquistas y después de él entran ya las colonias en la fértil pero monótona vida de su definitiva estabilización. Al llegar a ésta, todas las grandes gestas heroicas han terminado, y las semillas fundamentales de la cultura española que habían de transplantar el espíritu y la materia de la península a tierra americana, estaban ya firmemente arraigadas en ésta. Si la necesidad de acotar un campo inmenso nos imponía un límite, bien podía ser éste.

6) NUESTRA POSICION PERSONAL ANTE EL TEMA

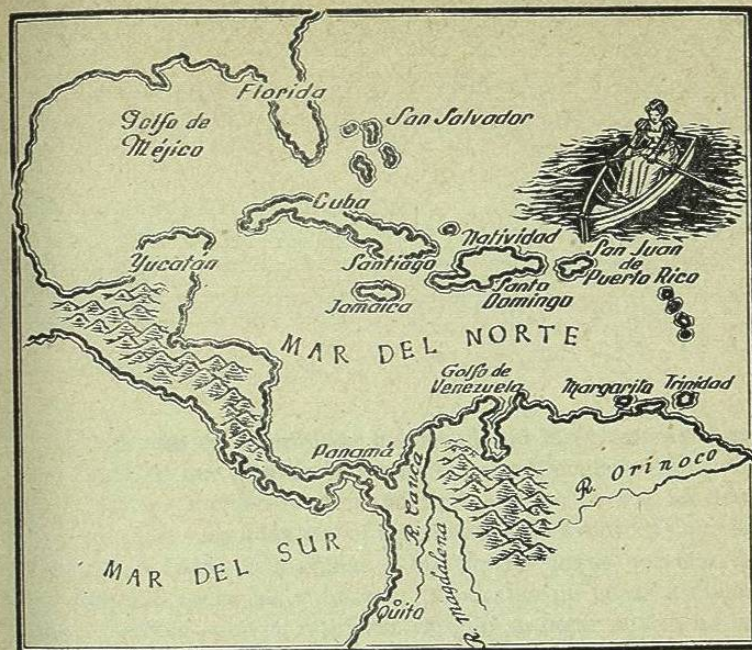
No creemos que debamos acabar esta introducción sin exponer las razones que nos han movido a escoger este tema y que explican nuestra venida y trabajo en España, para lo cual hemos debido realizar un considerable esfuerzo y no despreciables sacrificios.

Es este un tema que por nuestra condición personal—como mujer—nos ha interesado siempre sobre manera y sobre el cual abrigábamos desde mucho tiempo atrás el deseo de ocuparnos.

Además, es bien sabido el interés que toda cuestión relacionada con la mujer despierta en nuestro país, donde están tan desarrolladas las instituciones femeninas de toda índole. En consecuencia hemos creído que una investigación sobre la mujer española de la Conquista—que si es poco conocida en general, mucho más lo es en nuestros medios—podía sostener además de su importancia propia, la de contribuir a perfilar la historia de la mujer en América tomándola en sus mismas fuentes que son las mujeres de España.

Por otra parte, la región de América de que somos oriundos—California—tiene con España tal vinculación que no es posible emprender la historia de nuestro Estado sin comenzar por la simiente que España ha sembrado allí. El largo camino que desde las tierras de México conduce a California, está jalonado por un largo rosario de antiguas misiones franciscanas, y la onomástica geográfica de nuestra tierra nos trae constantemente el recuerdo de todo lo español.

Quisiéramos con este modesto trabajo contribuir a despertar entre los estudiosos de nuestra Universidad de San Francisco el interés por estos temas y el deseo de continuar el que nosotros ahora hemos realizado.



CAPITULO I

MUJERES EN LAS ANTILLAS